

Ensayo

**THOMAS
MAIER**

**Masters
of Sex**

Vida y época de
William Masters
y Virginia Johnson,
la pareja que enseñó
a Estados Unidos
cómo amar

DEBOLSILLO



Thomas Maier

Masters of Sex

Vida y época de William Masters y Virginia Johnson,
la pareja que enseñó a Estados Unidos a amar

Traducción de
Omar El-Kashef

DEBOLS!LLO

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer

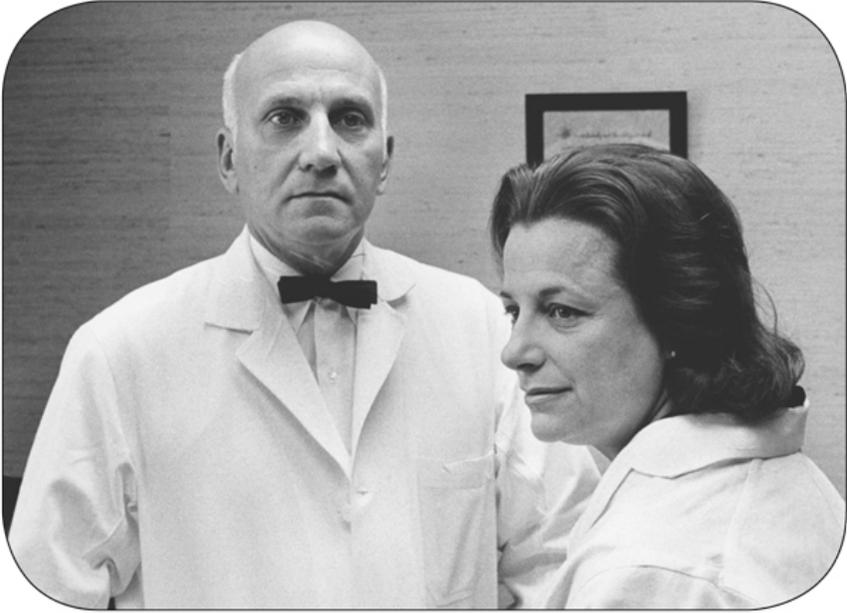


@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para mis abuelos, June y William Underwood.

La más profunda de todas las sensualidades
es el sentido de la verdad.
D. H. LAWRENCE



William Masters y Virginia Johnson

Prefacio

«¿Qué es eso que llaman amor?»

COLE PORTER

El sexo, en todas sus gloriosas expresiones, siempre ha formado parte de la experiencia estadounidense en mis cuatro biografías, respectivamente las de Si Newhouse, Benjamin Spock, los Kennedy, y ahora también la de Masters y Johnson. Como me dijo una vez con impactante honestidad el doctor Spock, el experto superventas que crió a la generación del *baby boom* estadounidense, «¡Todo es sexo!». Ciertamente, con su poder y su trascendencia, el sexo es el motor de la evolución de las especies y la más íntima forma de expresión entre adultos.

La historia de William Masters y Virginia Johnson, posiblemente como ninguna otra, trata de los eternos misterios del sexo y el amor. Su vida pública supone una ventana sin parangón hacia la revolución sexual estadounidense y los cambios culturales históricos que nos acompañan hasta nuestros días, mientras que su relación privada refleja muchos de los deseos básicos, las tensiones y las contradicciones existentes entre los hombres y las mujeres. Entrevisté por primera vez al doctor Masters cuando se jubiló en diciembre de 1994, víctima ya de los primeros síntomas del Parkinson que lo llevaría a la muerte en 2001. Después de varias salidas en falso, obtuve la absoluta colaboración de Virginia Johnson en 2005, con numerosas horas de entrevistas, incluida una prolongada visita a su casa de Saint Louis. A pesar de la fama mundial, «éramos, sin duda, las

dos personas más discretas sobre la faz de la Tierra», me confió Johnson. «Nadie nos conocía demasiado bien. La gente ha especulado mucho, pero no sabía nada».

Durante años, el trabajo de Masters y Johnson estuvo envuelto en una estricta confidencialidad que obedecía a su propio deseo de evitar el escrutinio público. Solo ahora, gracias a la buena disposición de muchos de los entrevistados y el acceso a sus cartas, documentos privados y las propias memorias inéditas de Johnson, podemos entender la relevancia de sus vidas y los tiempos que vivieron. A pesar del enorme conocimiento clínico que obtuvieron a resultas del mayor experimento sexual realizado en Estados Unidos (con cientos de hombres y mujeres y más de diez mil orgasmos), su historia versa más sobre lo elusivo e indefinible de los aspectos que afectan a la intimidad humana. Como muchos se preguntan hoy: «¿Qué es eso que llaman amor?».

T. M.
Long Island, Nueva York
Abril de 2009

FASE UNO



Gini de joven

1

La chica de Golden

«A menudo comienza en el asiento trasero de un coche.
Es rápido y al grano. El asiento trasero
de un coche difícilmente proporcionará la posibilidad
de expresar la personalidad de uno.»

WILLIAM H. MASTERS

En la oscuridad, dos haces de luz mostraban el camino. Los penetrantes faros de un Plymouth hendían la impenetrable oscuridad de los campos de Missouri. Lentamente, el coche que llevaba a Mary Virginia Eshelman y su novio del instituto, Gordon Garrett, atravesaba la ruta 160, una vasta extensión de asfalto carente de alumbrado, donde solo las estrellas y la luna iluminaban el cielo nocturno.

Para su cita con Mary Virginia, Gordon había tomado prestado el recién estrenado coche de la familia Garrett, un sedán verde de 1941 con una lustrosa parrilla de cromo, una protuberante capota, poderosos guardabarros y un amplio asiento trasero. Pasaban por delante de granjas y campos de cultivo arrancados a las praderas. Esa noche habían quedado con unos amigos en el Palace, el único cine del pueblo, donde las melodías y los bailes de los musicales de Hollywood les invitaban a escapar del aburrimiento de Golden City. La prensa les daba a conocer un mundo mucho más amplio más allá de su diminuto pueblo de ochocientos habitantes. Lindando con las montañas de los Ozarks, Golden City estaba más cerca de la Oklahoma rural que de la gran ciudad de Saint Louis, ambas envueltas en millas polvorientas y el férreo puño de la Biblia.

Antes de regresar a casa, Gordon detuvo el Plymouth a un lado de la carretera y apagó los faros. El sonido de los neumáticos mordiendo el apartadero de grava se detuvo repentinamente, seguido por un silencio palpable. Apretados la una contra el otro, Mary Virginia y su novio habían aparcado en una zona deshabitada donde nadie podría verlos.

En el asiento delantero del coche, Gordon le desabrochó la blusa, le aflojó la falda y presionó su piel contra la de ella. Ella no se movió ni se resistió, sino que se lo quedó mirando asombrada. Mary Virginia nunca había visto un pene antes, salvo, según recordaba, cuando su madre cambiaba el pañal de su hermano lactante. Esa noche, poco después de su decimoquinto cumpleaños, Mary Virginia Eschelman (más tarde conocida como Virginia E. Johnson) se adentró en los misterios de la intimidad humana. «Yo no tenía la menor idea de todo aquello», confesó la mujer cuya importantísima colaboración con el doctor William H. Masters algún día se tornaría en sinónimo de sexo y amor en Estados Unidos.

En su puritano hogar del Medio Oeste, Mary Virginia aprendió que el sexo era pecaminoso, algo muy ajeno a los vertiginosos relatos románticos de los que se había impregnado antes de la Segunda Guerra Mundial. Al igual que muchas mujeres de su generación, aprendió que el sexo, en el mejor de los casos, era un deber ingrato, mejor postergado a los confines del matrimonio y a la crianza de una familia. Años después, se referiría anónimamente a Gordon Garrett como «el chico de pelo rojo intenso». Ocultó su identidad del mismo modo que ocultó cualquier verdad desagradable de su vida, cualquier recuerdo de un amor esquivo. Décadas más tarde, admitió que «nunca me casé con los hombres que de verdad me importaban». Pero jamás olvidaría a Gordon Garrett ni esa noche a las afueras de Golden City, cuando dos adolescentes perdieron su inocencia.

Junto a la carretera, la joven pareja se abrazaba entre las sombras, besuqueándose en el asiento delantero hasta que se deslizaron a la parte de atrás. El pesado aliento empañaba las ventanas. Los automóviles, aún raros en lugares como Golden City, proporcionaban un lugar de cierta intimidad en el que estar a solas. Gordon tiró de la palanca del freno de mano para asegurarse de que el coche familiar no se iba rodando mientras su atención estaba puesta en otras cosas.

A lo largo de sus años de instituto, Mary Virginia había madurado junto a Gordon. De algo más de metro ochenta y el físico de un granjero, era lo suficientemente fornido para jugar en el equipo de fútbol americano del instituto, pero también compartía el más sutil interés de Mary Virginia por la música. Formaron una pareja estable durante el año de graduación, siempre juntos. Gordon era su chico.

Tras saltarse dos cursos, Virginia era mucho más joven que el resto de su clase del instituto de Golden City, incluido el pelirrojo Gordon Garrett, que ya había cumplido los diecisiete. Ansiosa por complacer, tenía un cabello castaño claro rizado en espirales, enfáticos ojos azules grisáceos y unos recatados labios ligeramente fruncidos. Siempre lucía una enigmática mueca al estilo de la Mona Lisa, que podía ampliarse fácilmente en una atractiva sonrisa. Al igual que otros Eshelman, gozaba de una particular estructura ósea que resultaba en prominentes mejillas y una postura erguida, así como unos hombros perfectamente equilibrados. Su esbelta complexión sugería unos pechos con el justo volumen como para hacerla pasar por madura, aunque los chicos podían ser extremadamente desagradables en sus apreciaciones al respecto. «Era una muchacha alta, delgada y plana», recordaba Phil Lollar, por entonces un compañero más joven que vivía cerca de su granja. «Una chica del montón.» Pero la mayoría de los adolescentes de Golden City admiraban el sentido del estilo de Mary Virginia en aquel lugar que tanto lo necesitaba. En aquel micromundo

rural, ella hablaba, se vestía y actuaba como una joven dama, tanto que sus compañeros de clase de la promoción de 1941 no eran capaces de discernir su edad. Su atributo más llamativo era la voz, un cautivador instrumento de refinados matices que desarrolló en su faceta de cantante. La hermana mayor de Gordon, Isabel, decía que la ropa de Mary Virginia siempre estaba en perfecto estado, a diferencia del aspecto de los hijos de granjeros de la complicada década de 1930. La novia de su hermano «siempre se mantenía limpia y decididamente femenina», recordaba Isabel. «Era muy guapa.»

Conducir el recién estrenado Plymouth de Garrett padre se antojaba lo más adecuado, lo más parecido a un regio carruaje que Gordon pudiera conseguir para su princesa rural. A diferencia de otros jóvenes de la época de la Depresión, Mary Virginia siempre se mostraba confiada acerca de su futuro, quizá porque su madre, Edna Eshelman, no habría permitido lo contrario. «Creo que Gordon estaba prendadito», recordaba su otra hermana, Carolyn. «Su madre era de las de "solo vale lo mejor", y Mary Virginia no era muy distinta.» Las hermanas Garrett creían que Mary Virginia era una buena chica, la persona a la que Gordon llevaría orgullosamente al baile de graduación y con la que, tal vez, acabaría casándose algún día. Ciertamente, creían, no era de las que se pasarían al asiento de atrás del coche familiar para besuquearse.

A esa tierna edad, Mary Virginia ya conocía las ambigüedades de la vida moderna que afectaban a las chicas estadounidenses como ella. Sabía qué decir, qué costumbres respetar y la hipocresía de los fanáticos y fundamentalistas que insistían en dictar la vida de una mujer. Y aun así, decidió no perder jamás esa porción de independencia. Aceptaría la vida según sus propias condiciones, independientemente de lo que dijeran su madre o cualquiera. Se esforzó por desempeñar el papel de la «buena chica», tanto en casa como en el instituto, aunque sabía en el fondo de su corazón que no lo era. «Siempre encarné la fachada de la da-

misela de mamá, pero nunca dejé de hacer lo que quería», explicó. «Simplemente me limité a que nadie lo supiera.»

La noche que perdió la virginidad, la experiencia de Mary Virginia no resultó forzada, sudorosa o profana. Simplemente la culminó en cuestión de minutos. El sexo le resultaba agradable, aunque aún ajeno. Cualquier idea sobre orgasmos, rendimiento sexual o satisfacción mutua (objeto de los intensos experimentos que llevaría a cabo durante toda su vida junto a Masters) se encontraba en la periferia más apartada de su mente. Más bien confiaba en que su novio supiera lo que estaba haciendo. Solo más adelante llegaría a la conclusión de que, probablemente, también fue la primera vez para él.

«Simplemente evolucionó y se hizo más natural», dijo, melancólica y divertida a la vez, recordando ese encuentro en un asiento trasero. «Mi madre se habría muerto del susto.»

Muchos acontecimientos de la vida de Mary Virginia fueron fruto del azar, incluida la forma en que su familia acabó en Golden City. Su padre, Hershel Eshelman, a quien todo el mundo se refería por su segundo nombre, Harry, y su esposa Edna vivían en Springfield cuando nació su hija, el 11 de febrero de 1925. Los padres de Harry eran mormones procedentes del cercano condado de Christian, aunque ninguno de los dos era especialmente religioso. Los Eshelman descendían de uno de los muchos soldados mercenarios alemanes que habían llegado a América para luchar en la guerra de Independencia. Durante la Primera Guerra Mundial, el sargento Harry Eshelman, de la Batería A, Quinto de Artillería de campo, vio suficiente sangre y muerte para toda su vida en Francia, el mismo escenario bélico donde su hermano menor, Tom, fue herido pero consiguió sobrevivir. Tras la guerra, Eshelman regresó al suroeste de Missouri (al igual que Harry Truman, originario de Independence) con veintinueve años en busca de una vida sencilla

para él y para su novia, Edna Evans. Se habían conocido a través de la hermana menor de Harry, que estudiaba en el aula de una escuela del vecindario en la que enseñaba Edna, de veinte años. Sin embargo, la nueva señora Eshelman dejó claro que no se limitaría a las humildes aspiraciones de Harry. «Madre estaba decidida a casarse, y a casarse con él», relató una Virginia ya adulta.

A pesar de gozar de las habilidades naturales de un caballero granjero, Harry Eshelman no ardía de ambición precisamente. Alto y delgado, parecía satisfecho con sus tierras y la absoluta entrega a su única hija. Las fotografías de Harry, de cara alargada y altos pómulos, muestran su similitud con Ray Bolger, el afable espantapájaros de *El mago de Oz*. A Mary Virginia le encantaba ser el ojito derecho de su padre. «Siempre me han dicho que me parezco más a mi padre y a su familia», dijo llena de orgullo años más tarde. «Sin duda, era la niña de papá.» Harry se desenvolvía bien con casi todo, desde construir una casa hasta resolver los problemas de álgebra de su hija. Como antiguo soldado de caballería, sin duda conocía muchas cosas sobre los caballos, lo suficiente para realizar algunos trucos y entretener a los vecinos o permitir a su hija montar los anchos lomos de los sementales percherones que tenían en el patio trasero. «Madre siempre lo reprendía, "¡Cuidado con la niña!", pero él se limitaba a sonreír y a subirme a los caballos», recordaba. En casa, Harry enseñó a su hija a plancharse la falda plisada y a hacerse unos zuecos con cartones como parte de su disfraz para la función de la escuela. «¡Ese hombre hacía de todo!», decía.

Cuando cumplió los cinco años, los padres de Mary Virginia decidieron mudarse del suroeste de Missouri, sintiendo ya el aliento de la Depresión. Se adentraron por tren en California en busca de un nuevo comienzo. En Palo Alto, Harry encontró trabajo cuidando de los frondosos invernaderos y jardines del hospital estatal donde se atendía a los soldados heridos. «Era un buen trabajo», recordaba Virginia. «Vivíamos en las propias instalaciones, donde había unas parcelas preciosas con casas igualmente bonitas.» Inscrita en